JOSÉ ANTONIO
MARTÍNEZ CLIMENT

El tesoro de Simbad

EDICIONES KRK
TRAS 3 LETRAS

El tesoro de Simbad

KRK EDICIONES · TRAS 3 LETRAS · 88

COMPAGINACIÓN Y CUBIERTA: OLAYA GARCÍA
AL CUIDADO DE LA EDICIÓN: BENITO GARCÍA NORIEGA

José Antonio Martínez Climent

El tesoro de Simbad

KRK EDICIONES · 2026

Fotografía de la cubierta: Reproducción de un fragmento de pintura rupestre del Paleolítico francés, cueva de Lascaux IV, Dordoña, Francia.
Fotos: © p. 20, Sergio del Río; © p. 428, Pablo Martínez Tripiana
© José Antonio Martínez Climent
© de esta edición, Krk Ediciones
Álvarez Lorenzana, 27. 33006 Oviedo
www.krkediciones.com
ISBN: 978-84-8367-886-2
D.L.: AS-114-2026
Grafinsa. Oviedo

Índice

Prefacio 15

I. *Orientatio ad sidera* 19
II. *Gubernator caelum spectat* 427

Epílogo. 533

El tesoro de Simbad

A Félix de Azúa, Ida Ferrero, Pilar Barrachina y Ricardo González-Haba

O narra o calla
Kafka

Prefacio

Para los pueblos vedas no existía la historia. Esta era una sustancia extraña, ajena, no tenían ninguna palabra para describirla en términos de sucesión de los acontecimientos. La vida del hombre, pensaban, no se mide en años o eones, ni constan en ella hitos remarcables. El tiempo, en cambio, podía apreciarse claramente. Se medía como diferencias en la densidad de la liturgia sacrificial que somos capaces de soportar, pues su ardor amenaza siempre con destruirnos. Hubo épocas de una gran densidad, en las que el hombre era vigoroso porque conocía todos los ritos, las formas que le permiten tratar con ese fuego creador. Hoy, a la espera de un retorno, vivimos debilitados porque tan solo unos pocos recuerdan las liturgias. Mover las manos, caminar, abrir los ojos, pensar... Todo acto remite a una liturgia porque cada movimiento del hombre lleva la marca de un sacrificio. Con el sacrificio reducimos la extrañeza inscrita en cada acto a un estado soportable, a la vez que remitimos la Necesidad que lo determina a una

instancia ajena y superior, capaz de recibir nuestra incertidumbre, nuestra siempre falible moral, la balanza con la que juzgamos esos actos. Igualmente, esa breve y ordenada sucesión de gestos en apariencia inconsecuentes, lejos de toda utilidad, nos recuerda la vigencia de un *tremendum* ajeno a las vicisitudes de nuestra existencia al que nadie, salvo quienes vivieron antes de que Grecia redujese el mito a una representación civil, ha logrado convocar con la palabra. En épocas de gloria, la marca del sacrificio es visible; cuando vivimos en penuria, ocultamos el sacrificio entre las ruinas.

El hombre moderno, a todos los efectos un producto griego, considera en cambio «que la materia del mundo no puede ser representada si no la pensamos descompuesta, movida por conceptos, como evolución». De la pura tangibilidad de lo invisible, verificada al quemar un hato de ramas o al degollar una gacela, se pasó a la invisibilidad del concepto, forma exclusivamente mental en cambio constante. El propósito último de esa incesante agitación de conceptos es la «historización de la conciencia», la creación de una *maya* discursiva que suplante a la Necesidad operando de igual modo. La propia arquitectura de

la mente se constituiría en red, eliminando por completo ese molesto andamiaje externo. El lugar propio de las liturgias, junturas y articulaciones de la antigua red lo ocuparían procesos, concatenaciones racionales cada vez más precisas que, como los ritos, lo llenarían finalmente todo. Su cumplimiento daría también la medida del tiempo.

A consecuencia del propósito destructor de todo proceso, los entes producidos no solo son, sino que «adicionalmente, significan algo». Ese algo es precisamente el significado del mecanismo creador. Si hay una palabra capaz de albergar el significado de esa gigantesca trituradora procesual es «dialéctica». Pero, en cuanto que los entes significan algo más, también son algo menos, y así la dialéctica, nacida para erigirse en ser del mundo, se revela como «un proceso disolutivo de amplio alcance». Del máximo alcance. Deglutiendo la completud, hasta entonces inabarcable incluso para los propios dioses, destruye también toda liturgia que no sea la que garantice su constante funcionamiento. Lo así creado toma su ser del puro funcionar. Aquello que Platón había designado como un arte del discurso devenía en una técnica de demolición.

Hegel, ejercitado en el estudio de lo divino, en su minuciosa descripción del nuevo Dios que apuntaba en el horizonte y comenzaba a ocultar lo ilimitado, el Estado, comprendió que si bien se presentaba como un absoluto celeste, su abrumadora fisiología descansaba en una extraña asimilación entre el viejo y desgastado *logos* y todo producto de las nuevas cátedras de filosofía, concebidos de manera creciente como resultado de una confrontación dialéctica que recordaba cada vez menos el conflicto entrevisto por Platón. Un día, a esa forma se la llamaría materialismo dialéctico. Era el producto de una peculiar conjunción entre literatura, filosofía, matemática, economía, política, resentimiento, rebuscada mediocridad, moral de esclavos y judaísmo a ultranza sellada entre Rusia e Inglaterra, alianza que comprendió las posibilidades destructoras de ese formidable mecanismo cuya «utilidad profiláctica», pasados los años, seguiría siendo convocada por las cátedras de filosofía, que, en rigor, habían dejado de tributar a Σοφία para servir al Estado, aduciendo que eran un mismo dios.

En tal asepsia vivimos desde entonces.